

Me ha costado mucho llegar hasta aquí, pues escasean los coches. Me voy á Villers-Cotterets, y si encuentro el imperial de una diligencia, tal vez llegue á París al propio tiempo que esta carta. Mi corazón hace tiempo que está ya.

V.

1836

CHARTRES

La Louppe, 18 de junio de 1836.

Aquí me tienes instalado en una mesa del albergue en la Louppe, pueblo grande á nueve horas de Chartres, y mi primer pensamiento es escribirte, Adela mía. Desde nuestra partida no hemos tenido un minuto de descanso Nanteuil y yo; Nanteuil dibujando, yo explorando. El primer día almorzamos en Chevreuse y dormimos en Rambouillet.

Yo te he hablado con frecuencia de Chevreuse, cuyo castillo, aunque cubierto de absurdas techumbres por un molinero, conserva todavía un aspecto grandioso. En cuanto á Rambouillet, fuera del parque, villa y castillo son perfectamente insípidos. En el castillo hay con todo una hermosa torre, en la cual se apoyan tontamente dos fachadas de pobrísimo gusto moderno. El camino desde Bievre es muy agradable. El día siguiente vimos Maintenón con su admirable torreón del siglo xv y su inmenso acueducto arruinado del xvii, y por fin Chartres, que se nos ha aparecido desde lejos y entre el aguacero del modo más pintoresco.

Aquí se necesitarían algunos volúmenes y millones de puntos admirativos. La catedral de Chartres es una maravilla.

Hemos pasado treinta y seis horas en su interior, arriba y abajo, midiendo la nave, bajando á la cripta, trepando á los campanarios, examinando ávidamente el edificio en todos sentidos, y no sabemos de él más sino que se necesitarían seis meses de estudios para tener una idea algo completa de lo que contiene. Yo aún no he pasado de la primera impresión que producen las grandes cosas que nos dejan deslumbrados.

El interior de la iglesia es de un efecto prodigioso; la nave es alta y sombría, las vidrieras relucen como diamantes; los bajo relieves del ámbito del coro, con sus marcos calados, forman una de las más admirables malezas de piedra que el arte haya hecho florecer en la transición del siglo xv al xvi. ¡Qué magnífica iglesia! Hay tantos detalles como en un bosque, idéntica tranquilidad y grandeza. Aquel arte es verdaderamente hijo de la naturaleza. Infinito como ella en lo grande y en lo pequeño. Microscópico y gigantesco.

¡Pobres arquitectos de nuestros días que tienen el arte de construir tan pequeños edificios con tanta mole de piedras, que vengan á estudiar esto! ¡Vengan á aprender, esos constructores de paredes desnudas, como lo simple contiene lo múltiple sin que le perjudique, como el pequeño detalle engrandece el gran conjunto. Son verdaderamente unos desdichados artistas que han perdido el sentido de su arte, y que arrancarían las hojas de las encinas igual que los arabescos á las catedrales.

El exterior de la iglesia no es menos sublime. Las dos portadas de los extremos del crucero son de una belleza casi única. Contienen ciertas puertas laterales con techos que, vistas de lado, les dan no sé qué as-

pecto de peristilos egipcios. Las estatuas son como las de Amiens, de la más severa época del arte cristiano.

En cuanto á los dos campanarios, forman entre sí el más admirable y armonioso contraste de gracia y de majestad que pueden imaginarse. El viejo, que es el más alto y casi románico, tiene una gravedad sombría y austera, aunque adornada. El otro es una gigantesca joya de cuatrocientos pies de altura.

Los tres grandes rosetones, admirables desde fuera por su forma, son admirables desde dentro por su color.

Respecto á los destrozos causados por el incendio, digan lo que quieran los diarios, han sido inmensos. Lo digo después de haberlo visto. He visitado escrupulosamente la iglesia, en el más absoluto anónimo, como lo hago siempre para no verme obligado por ninguna galantería. Para verlo todo, he tenido que luchar, allí como en todas partes, contra ese estúpido campanero y este insolente sacristán que he encontrado siempre en todas las iglesias, dueños absolutos del edificio, obstruyéndolo para los curiosos, y apartando por los rincones algunos montoncitos de preciosos restos que guardan bajo llave y que explotan. En Chartres, hay más aún, el sacristán da la consigna á los soldados. Os presentáis para entrar, y el centinela os grita: —¡Alto! ¿Trae usted el permiso?—¿De quién?—Del portero, dice el soldado.

Yo sostengo que el destrozo es inmenso en toda la parte superior de la iglesia, y lo que es más, irreparable. En lo que toca al *bosque*, no hay que hablar. ¿Dónde están los castaños? ¿Dónde están los carpinteros? La primera materia y el obrero faltan. Se construirá una techumbre de hierro. Triste expediente que, afortunadamente, no se verá por fuera como ese deplorable campanario de Ruán.

Pero en los chapiteles el destrozo no es menos irremediable. No sólo se ha quemado el maderamen, sí que también los calados de piedra, tan delicados y tan deliciosos, del campanario grande que se han disuelto en el incendio. No quedan más que algunos muñones roídos que resaltan todavía en parte sobre los nervios de las ojivas. En cuanto al campanario viejo, la ornamentación románica es demasiado maciza y adherente á la piedra para que haya quedado desfigurada; pero me temo esté más conmovida que la otra. *Esos golpes son demasiado fuertes para un anciano.* Y ese anciano tiene setecientos años.

En el interior de los campanarios obsérvase una extraña devastación. Aquí y allá enormes montones de ceniza en los rincones de los aposentos altos, monstruosos herrajes retorcidos y llenos de orín por las llamas, entre los que se distinguen algunos badajos y enormes trozos de bronce. Si os apoyáis en una barra de hierro, tiembla en su alvéolo como un diente descalzado; si ponéis el pie en una bóveda, está agrietada; las caladas escaleras casi vacilan cuando andáis por ellas; y gruesos pedruscos rotos ruedan á vuestros pies, y el granito de las balaustradas lamidas durante doce horas por la llama se rompe en escamas á la presión de los dedos.

¿A quién confiarán ahora esa difícil restauración? M. Dubán sería uno de los más indicados. Sobre todo que se guardén de la mano torpe é ignorante que acaba de estropear tan fatalmente nuestro irreparable San Dionisio. Hay que ser un osado albañil para atreverse con edificios como Chartres y San Dionisio, cuando á lo sumo se es capaz de construir un bastardo mamarracho como la Bolsa ó la Magdalena. ¿Cómo os atrevéis á remover piedras venerables impregnadas de un arte que no comprendéis? ¿Cómo os atrevéis á aplicar el Vignola á Andrés Colombán?

Los destrozos en el interior de la iglesia son también enormes; no causados por el incendio, sino por los arquitectos restauradores. Uno de los estragos más deplorables es la introducción en el coro de un grande y mal grupo barroco de Blidán, el cual, para pasar, ha abierto un hueco en el seto de arabescos góticos que eriza sus mil pináculos en torno del altar mayor.

¡Oh, buenos chartrenses! Puesto que restauráis la catedral, restaurad el coro. Arrojad á Blidán, y su Asunción, y las verjas Luis XVI, y los bajo relieves Luis XVI, y los estucos Luis XVI, y todo ese miserable gusto del agonizante siglo XVIII que deshonra vuestro santuario. ¡Justo castigo! El estúpido obispo que había desfigurado de este modo el coro de Chartres, no tuvo la dicha de officiar una sola vez en medio de su absurdo remiendo. Cuando acababa de terminar su obra, vino la Revolución y barrió de un soplo al obispo y al cabildo. ¡Hubiese barrido también á Blidán! Olvidaba decir que en esa catedral se hace admirar el tal grupo á los curiosos. Es como si os hicieran admirar una cuarteta de Juan Bautista garabateada en el margen de la Biblia.

Puesto que los chartrenses restauran su catedral, y les alabo el gusto, deberían impedir á no sé quién que demoliera las antiguas murallas que completan su bella puerta Guillaume.

Por lo demás, la catedral sin techo produce un efecto extraño que no deja de tener su belleza.

Los muros están tan sobrecargados de columnitas y de pilares en haces y de nervios, que, desde dicha puerta Guillaume, de donde se ve en toda su magnificencia, aparece por encima de la ciudad como un inmenso órgano de piedra.

Vista desde lo alto del campanario, la techumbre incendiada y puesta al desnudo es soberbia. Parece la espalda de un enorme monstruo. Lo que en el primer